

Dinámicas de los territorios locales en las presentes circunstancias de la globalización

Francisco Entrena Durán

EN PRIMER LUGAR, creo necesario aclarar que soy plenamente consciente de que la expresión “territorios locales” es polisémica y muy imprecisa, por lo que es necesario explicar qué se entiende por ella y/o sus dimensiones socio-espaciales en cada caso de estudio. A este respecto, cuando aquí se habla de territorios locales, se hace alusión a diferentes niveles de interacción social y/o contextos socio-espaciales, tales como la comunidad o municipalidad local, la región, el Estado-nación o, incluso, áreas continentales como por ejemplo Latinoamérica. Cada uno de estos niveles de interacción social y/o contextos socio-espaciales debe ser considerado desde el punto de vista de sus respectivas relaciones dialécticas con ese nivel de interacción social y/o contexto socio-espacial que opera a escala planetaria. Por consiguiente, cualquier territorio que, tomando en cuenta una serie de características definitorias del mismo, aislemos como espacio social de investigación empírica, puede ser considerado como un territorio local más o menos inserto en la globalización o glocalizado; es decir, como un territorio que está en una interacción dialéctica, más o menos intensa según los casos, con esa dimensión socio-espacial más amplia a escala planetaria que es lo global.

Por otra parte, antes de concentrar la atención en el objeto de estudio de este artículo —lo que se hace a partir del apartado tres—, se dedica un primer epígrafe introductorio a reflexionar acerca de los antecedentes y la génesis de las actuales circunstancias de la globalización, que constituyen el contexto donde operan las dinámicas de los territorios locales analizadas aquí. Posteriormente, con el fin de propiciar un mejor entendimiento de las dinámicas de los territorios locales, se procede en el epígrafe dos a revisar las aportaciones teóricas acerca del espacio y a teorizar sobre éste. El propósito de todo ello es establecer las bases para conceptualizar a tales territorios como espacios sociales.

La globalización y sus consecuencias: antecedentes y situación actual

En primer lugar hay que destacar que, aunque se ha extendido e intensificado mucho a partir de la década de los noventa, el fenómeno de la globalización viene de bastante atrás y está estrechamente ligado al devenir de la modernidad europea, cuyo progresivo afianzamiento, desde sus orígenes, estuvo fuertemente orientado por el proceso de desarrollo del capitalismo (Giddens, 1999: 67 y ss). Dos hechos históricos que constituyeron factores clave de globalización fueron el descubrimiento y la subsiguiente colonización de América por parte de los europeos a partir de 1492, así como el primer viaje de circunnavegación del globo terráqueo llevado a cabo por Juan Sebastián Elcano entre 1519 y 1522. Ambos hechos contribuyeron decisivamente a que se produjera un ensanchamiento sin precedentes a escala planetaria del marco espacio-temporal del mundo que hasta entonces habían habitado los europeos. Un marco que, en consecuencia, dejó de estar básicamente circunscrito al espacio geográfico ubicado en torno al mar Mediterráneo, un ámbito socioeconómico, político-institucional y simbólico-cultural que era ya entonces altamente heterogéneo, descentrado y contradictorio, tal y como correspondía al hecho de que en él existieran y se relacionaran entre sí (armoniosa o conflictivamente) las diversas civilizaciones mediterráneas del siglo XVI (griega, latina, judía y musulmana), las cuales interactuaban e intercambiaban mutuamente (bienes, símbolos, ideas o personas), sin perder por ello sus respectivos núcleos (Braudel, 2001 [1949]).¹

Además de la conquista y colonización españolas de América, también pueden ser considerados como diferentes procesos de globalización las colonizaciones llevadas a cabo en los siglos XIX y XX por diferentes países europeos, como Alemania, Francia o Inglaterra, o los procesos de modernización y surgimiento de nuevos estados nacionales que emergieron tras la Segunda Guerra Mundial en muchos de los espacios que hasta entonces habían sido parte de los imperios coloniales. Unos procesos de globalización

¹ La clásica obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (publicada en 1949) constituye una amplia y sugerente investigación histórica acerca del marco espacio-temporal del Mediterráneo de entonces. En dicha obra su autor, Fernand Braudel, trata del “ritmo del tiempo” y de sus diferentes velocidades en el transcurso de la historia. De acuerdo con ello, aunque es plenamente consciente de la naturaleza multidimensional del factor tiempo, en su análisis sobre la realidad espacio-temporal mediterránea enfatiza los tres modos siguientes de entender y percibir el tiempo: el lento (el de la geohistoria); el no tan lento o de larga duración (el de las estructuras); y el rápido (propio de las coyunturas, los individuos y los acontecimientos) (Braudel, 2001).

que en todos esos casos tuvieron como una de sus metas clave la expansión del modelo socioeconómico, político-institucional y simbólico-cultural de la modernidad industrial occidental hacia el resto del mundo; es decir, su objetivo era la occidentalización. Occidentalización que fue presentada y/o justificada como el proceso inevitable que habían de seguir las sociedades menos desarrolladas en su tránsito hacia el progreso, la civilización y el desarrollo, paradigmáticos entonces por el mundo europeo-occidental. De acuerdo con este planteamiento, se tendía a ignorar el carácter diferencial de aquellos espacios del mundo (en su mayor parte, localizados en el sur) que no encajaban en las pautas socioeconómicas, institucionales y simbólico-culturales occidentales. Carácter diferencial que, por lo tanto, no solía ser explicado como una señal de la singularidad de tales espacios, sino como un signo de su atraso y subdesarrollo. Se suponía que esta situación sería superada mediante una línea de avance histórico equivalente a la seguida por el mundo europeo-occidental, considerada entonces como única y universal. De este modo, las diferencias espaciales eran situadas en una secuencia temporal. Una secuencia cuya evolución se daba por el hecho de que transcurriría inevitablemente hacia el modelo de orden socioeconómico, institucional y simbólico-cultural arquetipizado por el metarrelato de la idea de progreso construida por el discurso legitimador la modernidad occidental del norte (Massey, 1999a: 284). En contraposición a este metarrelato historicista, inherente a la homogeneizadora y pretendidamente universal idea occidental del progreso, coincido con Massey (1999a: 281), quien habla de la necesidad de reconocer múltiples y diferenciadas narrativas y trayectorias autónomas en lo que se refiere a la evolución de los distintos espacios del globo, sin que ello implique forzosamente negar la evidente interconexión planetaria que entre tales espacios existe.

Desde otra perspectiva analítica, tampoco Eric R. Wolf participa de ese etnocentrismo eurocéntrico, según el cual el mundo europeo occidental del norte desarrollado era visto como el único paradigma de progreso, desarrollo y civilización a seguir por la generalidad de los espacios sociales del mundo. Así, en su obra *Europe and the People without History* (Wolf, 1983), nos muestra que las transformaciones ocurridas en el mundo occidental durante los pasados seis siglos resultan explicables, en muy gran medida, como resultado de su interconexión con los diferentes pueblos que fueron objeto de las conquistas y colonizaciones occidentales. Para demostrar esto, a diferencia de la mayoría de los autores que presentan a la revolución industrial inglesa como el factor fundamental del tránsito hacia la sociedad capitalista moderna, Wolf trata de explicar ese tránsito analizando la producción textil inglesa, que tanto se expandió con dicha revolución, en conjunción con la producción

de algodón en Sudamérica y Egipto y la evolución de la producción textil en la India. Todos estos hechos son presentados por él como elementos constitutivos de esa transformación estructural mundial que supuso el proceso de desarrollo del sistema capitalista. Un proceso desigual y contradictorio, en el que el atraso o la desventaja de determinados espacios del globo ha sido y es una condición necesaria para la ventaja y/o el desarrollo de otros. En otras palabras, hay una clara vinculación entre el devenir de la modernidad europea y el de las sociedades de los espacios colonizados por Europa. Ello significa que “aquello que llamamos la ‘modernidad’ fue resultado de un proceso dialéctico de carácter global y no [...] el despliegue de una localidad única (Europa) en contacto consigo misma, con las fuentes greco-cristianas de su propio ‘espíritu’” (Castro-Gómez, 2009: 8).

Una de las contribuciones más sobresalientes, en lo relativo a mostrar el alto grado de vinculación que existe entre el desarrollo de la sociedad moderna industrial en Europa y el papel desempeñado en ello por las otras sociedades del mundo, muchas de ellas colonizadas por los europeos, es la elaborada por Immanuel Wallerstein. Este autor, destacando la enorme importancia que en la consolidación y el funcionamiento del capitalismo mundial tiene el factor económico, habla del afianzamiento de una economía-mundo constitutiva del moderno sistema económico mundial capitalista. Un sistema sustentado en la articulación del espacio planetario de acuerdo con una estructura internacional de división del trabajo que traspasa las fronteras políticas y culturales, “Un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente modelarlo para su beneficio” (Wallerstein, 1984: 489).

Pero el sistema mundial que se afianzó en paralelo al devenir de la modernidad a partir del siglo XVI no era algo completamente nuevo. Así, por referirnos sólo al caso europeo, históricamente ya había existido el precedente del “imperio mundial” paradigmático en su tiempo por la antigua Roma. No obstante, mientras que el “imperio mundial” romano se había sustentado en la dominación política y militar, el capitalismo, si bien tuvo unas dilatadas fases de conquista y colonización que implicaron la dominación política y militar de considerables espacios geográficos no europeos, lo cierto es que su forma de dominación contemporánea ha sido y es de naturaleza fundamentalmente económica.

Para ilustrar la división espacial del trabajo en el sistema mundial capitalista actual, Wallerstein ha elaborado los conceptos de: el centro, entendido como espacio desde donde se explota y domina el resto del sistema; la perife-

ria, en la que se incluyen aquellas zonas suministradoras de materias primas al centro y que por lo tanto son explotadas por éste; y la semiperiferia, que constituye una categoría residual en la que se integra una serie de regiones ubicadas entre las explotadoras y las explotadas.

Las economías-mundo están divididas, pues, en Estados del centro y áreas periféricas. No digo Estados periféricos porque la característica de las áreas periféricas es que el Estado indígena es débil, oscilando entre la no existencia (es decir, una situación colonial) y la existencia con un escaso grado de autonomía (es decir, una situación neocolonial).

Existen también áreas semiperiféricas que están entre el centro y la periferia en una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato de Estado, la integridad cultural, etc. Algunas de estas áreas eran áreas centrales en versiones anteriores de una cierta economía-mundo. Otras eran áreas periféricas, promocionadas más adelante, por así decirlo, como resultado de la geopolítica cambiante de una economía-mundo en expansión. (Wallerstein, 1984: 492)

Una de las consecuencias de la existencia de un sistema mundial interconectado es que la construcción de la idea de la modernidad, relacionada con la expansión europea por el resto del mundo, no puede ser entendida sin vincularla a la evolución de los espacios coloniales europeos, tal y como lo muestran los estudios postcoloniales y los estudios subalternos que se refieren a continuación. Sin embargo, la idea de la modernidad, entendida como expansión europea (lo antes tipificado como “occidentalización”), fue lo suficientemente poderosa como para mantener su hegemonía durante casi quinientos años. A pesar de ello, cuando el colonialismo territorial de la modernidad capitalista llegó a su fin a partir de 1945, esta situación cambió. Desde entonces, no han sido los colonizadores quienes han emigrado masivamente hacia los territorios colonizados, sino que, cada vez con mayor intensidad, se ha venido produciendo un proceso que apunta en sentido completamente inverso: en la actualidad son las personas de las antiguas colonias las que viajan masivamente como inmigrantes a las metrópolis y suelen quedarse permanentemente en ellas. Las ventajas derivadas de los medios de comunicación y de transporte disponibles han ocasionado que muchos de estos migrantes, o mejor dicho transmigrantes, hayan podido ir y venir constantemente, estableciendo vínculos duraderos con sus sociedades y culturas de origen y con sus nuevos países de asentamiento (Castro-Gómez, 2009: 8-9).

Este fenómeno suele favorecer el desarrollo de personalidades con una especie de doble vinculación sociocultural, lo que es muy propicio para la re-

lativización de los fundamentos psicosociales de la identidad y la emergencia de mentalidades abiertas y/o críticas; una situación que se ha manifestado con especial fuerza entre la población de origen latinoamericano (los hispanos) asentada en Estados Unidos, la cual ha experimentado un gran aumento a partir de la segunda guerra mundial. Es precisamente entre esa población donde han surgido los intelectuales artífices de los denominados estudios postcoloniales, que desde el principio empezaron a desafiar directamente la hegemonía de la modernidad tal como ésta era entendida por el mundo occidental. Un desafío que era impensable (y tal vez inesperado) por parte de aquellos que elaboraron y previeron la modernidad como un periodo histórico que, en nombre de la racionalidad, la ciencia y la filosofía, afirmó su propio privilegio sobre otras formas de racionalidad (Mignolo, 2009: 14). El principal mérito de los intelectuales constructores de las teorías postcoloniales es haber mostrado que la razón moderna no es explicable sólo en función del desarrollo intrínseco de las humanidades y la filosofía en Europa, experimentado a partir de las herencias espirituales generadas por el Renacimiento y la Ilustración, sino que también han desempeñado en ello un papel crucial las prácticas coloniales establecidas por Europa en los territorios de ultramar. Existe, por lo tanto, una fuerte relación dialéctica entre tales prácticas y los desarrollos de la modernidad occidental europea. En este caso está claro que, a diferencia de los desarrollos económicos —como hace Wallerstein—, de lo que las teorías postcoloniales nos hablan es de los desarrollos intelectuales. Con ello, justamente en el territorio que constituye el corazón mismo del imperio, los intelectuales postcoloniales han logrado subvertir los cánones académicos que reservan a los pensadores del “primer mundo” la confección de saberes teóricamente relevantes (Castro-Gómez, 2009: 16).

Los trabajos de los intelectuales postcoloniales estuvieron, en gran parte, influidos por los que se conocen como estudios subalternos, realizados alrededor de Ranajit Guha, un erudito marxista de la India colonial que enseñaba historia en la Universidad de Sussex, en Falmer, cerca de Brighton. El propósito de los intelectuales agrupados en torno a Guha, entre los que se incluyen Partha Chatterjee, Dipesh Chakrabarty, Saurabh Dube y otros, era llegar a un acuerdo sobre una nueva agenda para la historiografía de la India, una agenda que tuviera en cuenta la centralidad de los grupos subordinados —protagonistas legítimos pero desheredados— en la construcción del pasado, y de esta forma corrigiera el desequilibrio elitista de gran parte de lo que se escribía al respecto. Para conseguir dicho propósito, estos estudios adoptaban una posición crítica frente al discurso nacionalista y anticolonialista de la clase política india y frente a la historiografía oficial del proceso independentista. Una historiografía que presentaba a la independencia india frente al dominio

británico como un proceso anclado en una “ética universal”, traicionada por los colonizadores, pero recuperada eficazmente por Gandhi, Nehru y otros líderes nacionalistas. En opinión de los críticos postcoloniales, el recurso a una supuesta “exterioridad moral” frente a Occidente conllevaba una retórica cristiana de la victimización, en la que las masas, por el simple hecho de ser oprimidas, aparecían dotadas de una superioridad moral frente al colonizador. El proceso independentista indio era narrado de este modo como la realización del proyecto cristiano-humanista de redención universal; es decir, valiéndose de los mismos argumentos que habían servido para legitimar el colonialismo europeo en los territorios de ultramar (Castro-Gómez, 2009: 10-11; Dube, 2003: 39, 41, 48, 49). En contraposición a esto, el grupo de estudios subalternos ha alentado y articulado tanto las historias desde abajo como las perspectivas postcoloniales. Su aspiración ha sido fomentar la investigación sistemática e informada de temas subalternos en el ámbito de los estudios acerca del sur de Asia. Ello, con objeto de rectificar las tendencias elitistas de una gran parte del trabajo de investigación y académico llevado a cabo al respecto. Tendencias que, de acuerdo con su más o menos acentuado eurocentrismo, han tendido a ignorar las diferenciaciones, complejidades y singularidades de los distintos territorios coloniales específicos. Territorios cuya evolución y dinámicas no pueden ser entendidas sin tomar en cuenta sus relaciones dialécticas con las de los territorios de las metrópolis, a la vez que, consiguientemente, las dinámicas de éstos no resultan adecuadamente comprensibles si no se las relaciona con las de los primeros.

Neoliberalismo y posfordismo en el “torbellino de la globalidad”

Lo dicho anteriormente muestra que la globalización, tal como ésta se experimenta desde la segunda guerra mundial, y sobre todo desde las dos últimas décadas del siglo XX, ya no se manifiesta de modo preponderante como una progresiva occidentalización del mundo, sino básicamente como una cada vez mayor transnacionalización e intensificación del volumen y el ritmo de la circulación de personas, ideas y mercancías, así como de los flujos socioeconómicos, institucionales y culturales en todas las direcciones del planeta y a escala global. Ello da lugar a esas complejas y convulsas circunstancias que he conceptualizado como el “torbellino de la globalidad” (Entrena, 2003: 9 y ss). Unas circunstancias en las que las tecnologías de transporte y de locomoción que impulsan hoy los procesos de globalización permiten que se produzca lo que Harvey (1990, parte III) ha conceptualizado como la comprensión del tiempo y del espacio. Se trata de un progresivo cambio en la ex-

perencia humana del tiempo y del espacio, que se ha fundamentado sobre todo en el hecho de que los medios de locomoción disponibles (desde el caballo y el barco de vela entre 1500 y 1840 hasta los modernos aviones de pasajeros actuales) han posibilitado una reducción de los tiempos necesarios para atravesar espacios cada vez mayores. Esta comprensión de las variables tiempo y espacio, así como los radicales cambios que ello ha conllevado en la percepción o experiencia humana de tales variables, se pone claramente de manifiesto cuando, por ejemplo, se compara la situación existente que presentaba Braudel para el Mediterráneo en el siglo XVI (1551-1598) con la situación actual de ese mar. Así, la travesía marítima desde Constantinopla hasta Alejandría se realizaba en quince días incluyendo las escalas y en ocho sin ellas. Además, cuando se trataba de atravesar el Mediterráneo en el sentido de los meridianos, había que contar sobre dos semanas y, cuando la travesía era a lo largo, debían calcularse de dos a tres meses. En contraste con esto, los medios hoy existentes hacen que esas travesías sean mucho menos peligrosas, a la vez que pueden realizarse a velocidades y en tiempos otrora inimaginables.

Pero, las actuales circunstancias de la globalización no se basan sólo en los grandes avances experimentados por los medios de locomoción y de transporte de personas y mercancías a escala planetaria, sino también en las posibilidades de circulación de las ideas y de comunicación instantáneas a nivel mundial que se derivan de los medios de comunicación de masas y de internet. Todo ello hace que la circulación de dinero, trabajo y bienes simbólicos desborde con mucho los paradigmas jurídico-políticos del Estado-nación y se sustente en unas bases materiales completamente diferentes a las del capitalismo de la era industrial. En suma, en la presente situación, las nuevas tecnologías disponibles “han logrado romper con la primacía del espacio geográfico para la definición de la cultura, relativizando la distinción entre lo próximo y lo lejano” (Castro-Gómez, 2009: 2).

Por otra parte, en la actual situación de interdependencia e interconexión global, es la humanidad, entendida como una totalidad, la que constituye la unidad social determinante, el modelo de lo que entendemos por sociedad. Pero la humanidad no es ya una categoría filosófica, sino que se ha convertido en una entidad social real, en una totalidad que integra a toda la población del mundo (Sztompka, 1995: 111). Podemos, por consiguiente, asegurar que en nuestro tiempo se ha llegado a la plena materialización de ese moderno sistema mundial del que habla Wallerstein (1984), lo que no ha acontecido así ni siquiera en el pasado más reciente, ya que, como ha señalado Peter Worsley (1984: 1), hasta nuestros días nunca antes existió una sola sociedad humana.

No obstante, ese alto y creciente grado de interconexión planetaria no implica que las vinculaciones existentes entre los distintos espacios socioeconómicos que lo conforman tengan lugar igualmente, sino que las mismas presentan los considerables desequilibrios que han caracterizado el sistema capitalista desde sus orígenes. Es más, en la actualidad dichos desequilibrios han aumentado y continúan haciéndolo de un modo muy preocupante. Una de las principales causas de ello es la implementación de esa modalidad de globalización que en los últimos años del siglo XX se ha dado en denominar neoliberalismo (Entrena, 1999), el cual ha impactado muy negativamente sobre diversas regiones del mundo menos desarrollado de Asia, África y América Latina. Un axioma clave de los artífices e impulsores del neoliberalismo ha consistido en pregonar que la globalización implica una progresiva desregulación laboral y económica, así como eliminación de las barreras y las restricciones impuestas por los Estados a la libre circulación de personas, ideas y mercancías. Ello con el objetivo de crear una economía mundial abierta y sin fronteras (Scholte, 2000: 16). En nombre de esa apertura económica se ha extendido una forma de globalización que ha causado, en realidad, la destrucción de las economías más débiles de los países menos desarrollados, al no poder éstas competir en un plano de igualdad con los productos importados que, ante la supresión de barreras arancelarias, invaden sus mercados. Barreras que, sin embargo, procuran mantener los países poderosos en los campos económicos que convienen a sus intereses. Por ello, el neoliberalismo no implica una completa y efectiva liberalización de la circulación de capitales y mercancías a escala planetaria, sino más bien una redefinición de las reglas de juego globales en aras de asegurar o acrecentar las ganancias de los poderosos (Entrena, 2009: 523).

La implementación de las políticas neoliberales, que se intensificó notablemente a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, ha supuesto un decidido apoyo a una nueva forma de acumulación de capital que ha conllevado el alargamiento de las jornadas de trabajo, el abaratamiento de los salarios e importantes caídas en los niveles de protección social y de vida de la población. Todo ello en aras de afianzar una situación tipificada por muchos como el posfordismo, en la que, con el pretexto de superar los inconvenientes del verticalismo fordista, se ha procedido a la fragmentación de las grandes organizaciones empresariales. Éstas son reemplazadas por unas nuevas organizaciones más flexibles y difusas en las que, muy a menudo, las mismas cúpulas directivas de las grandes empresas del fordismo siguen manteniendo el control de los procesos organizativos y/o productivos, pero soltando lo que consideran es un lastre, procediendo a la externalización de las tareas más repetitivas, que requieren más mano de obra escasamente cua-

lificada, mediante la subcontratación o privatización (en el caso de los servicios públicos del Estado) (Harvey, 1990). De esta forma, los mismos que controlaban en el fordismo las tareas y las cadenas productivas son los que ahora en el posfordismo siguen controlando las empresas subcontratadas e imponiéndoles verticalmente las condiciones de producción, así como las responsabilidades de gestionar unas relaciones laborales frecuentemente precarias, en consonancia con las reglas de competencia impuestas por la actual configuración del mercado a escala global.

Todo esto tiende a ser justificado con el pretexto de que la globalización, en la manera que es entendida por el neoliberalismo y/o el posfordismo, es un proceso inevitable. No obstante, lejos de ser algo inevitable, como lo han presentado sus artífices y defensores, el neoliberalismo es sólo una forma de globalización pero, por supuesto, no la única manera posible de entenderla e implementarla, ni desde luego la mejor, tal como lo pone de manifiesto la actual crisis económico-financiera planetaria ocasionada por las políticas neoliberales.

Más allá del marcado economicismo, tan fuertemente arraigado en la visión neoliberal del fenómeno de la globalización, este fenómeno no se restringe sólo a lo económico, sino que tiene también profundas implicaciones sociales, tecnológicas, político-institucionales y simbólico-culturales. Tales implicaciones se manifiestan con especial fuerza en los espacios locales, en los que, si bien es verdad que el mundo actual se desenvuelve en un escenario de creciente globalización e interconexión planetarias, continúa aconteciendo la vida de la mayoría de nosotros; entre otras razones, debido a que las limitaciones del cuerpo hacen que todos los individuos hayan de estar siempre contextualmente situados en el tiempo y el espacio. En esta situación se experimenta una cada vez mayor vinculación entre la vida de las personas que habitamos en los espacios locales actuales y lo que sucede a escala global; es decir, nuestra vida está crecientemente glocalizada. Ello significa que están cada vez más afectadas por los presentes procesos de globalización, o sea glocalizadas, lo que hace que se viva en el mundo de unas maneras y con un sentido completamente diferentes a como acaecía en tiempos pasados. Las paulatinas intromisiones de lo global en lo local están cambiando hoy profundamente el mundo fenoménico de los individuos, a la vez que modificando el universo general de la actividad social a partir de la cual se constituye su vida personal y colectiva. Como consecuencia, aunque muchos de los individuos sigan viviendo una vida local, lo cierto es que el mundo fenoménico de la mayoría de ellos es en nuestro tiempo verdaderamente global (Giddens, 1991: 187).

Teorizaciones acerca de los territorios locales como espacios sociales

El espacio no ha sido tradicionalmente un objeto preferente de las investigaciones y las teorías sociológicas. Hasta bien avanzado el siglo XX, la sociología fue poco propicia para tratar las consecuencias espaciales de los procesos y los cambios sociales, tal y como señalan Kern (1983) y Soja (1989). Ello a pesar de la importancia del espacio como escenario producto/productor de las acciones, los procesos y las relaciones sociales conducentes a la estructuración de cualquiera de las sociedades territorializadas que conocemos.

La sociología se mantuvo, durante largo tiempo, ajena a la necesidad de integrar una reflexión sobre el espacio en sus teorizaciones acerca del orden social moderno y/o de los cambios conducentes al mismo. Esto no significa que la sociología clásica ignorara por completo la variable espacial. De hecho, sus tres pensadores fundamentales, Weber, Marx y Durkheim, ya tuvieron en cuenta la importancia de dicha variable. En primer lugar, Weber no solía utilizar en sus escritos conceptos de diferenciación espacial tales como el de densidad o proximidad. Sin embargo, trataba de ubicar en diferentes ciudades, distantes en el tiempo o en el espacio y concebidas como una sociedad cerrada, distintas formas de poder, de lo que se desprende que otorgaba una consideración diferenciada a los espacios relacionada con las variaciones en las formas de relación social inherentes a cada modalidad de poder (Leal, 1997: 24).

Por otra parte, Marx y Engels encararon la cuestión del espacio relacionándolo en primer lugar con la dialéctica entre el campo y la ciudad, la cual se veía afectada a raíz de los procesos de industrialización, dando lugar a un gran desarrollo de las urbes. Un estudio de los cambios que se experimentaban en las ciudades objeto de industrialización fue realizado por Engels (1976) [1845] en *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, en la que relataba las transformaciones en las condiciones de vida en algunas áreas urbanas inglesas como consecuencia de la rápida e intensa industrialización inherente al desarrollo del capitalismo en dicho país.

Finalmente, Durkheim (1982) también enfatizaba acentuadamente la diferenciación espacial, a la cual relacionaba con las dos tipologías de solidaridad o vinculación social por él establecidas. De esta forma, la solidaridad mecánica correspondía a una modalidad de espacio distinta de la solidaridad orgánica. La progresiva preponderancia de la segunda sobre la primera era considerada como una consecuencia del propio cambio social hacia la modernidad y la consiguiente evolución hacia una sociedad urbano-industrial. Pensaba Durkheim que el individuo “está situado en un punto determinado del espacio y se ha podido sostener que todas sus sensaciones tienen algo de

espacial” (Durkheim, 1982: 408). No obstante, el autor de *Las reglas del método sociológico* era plenamente consciente de que “el espacio que yo conozco a partir de mis sentidos, en el que me sitúo como centro y todo está dispuesto con relación a mí, no puede ser el espacio total, que contiene a todos los seres extensos particulares y donde, además, todos éstos se encuentran en coordenadas cuyos puntos de referencia son impersonales, comunes a todos los individuos” (Durkheim, 1982: 409). Hay, por tanto, en este autor un sentido colectivo del espacio, que tiene para él un origen social, de tal modo que existen evidencias de que las clasificaciones que establecemos del espacio son estructuralmente análogas a las formas sociales características de cada contexto socio-histórico específico. Por lo tanto, la idea abstracta de lo espacial inherente al sentido colectivo del mismo es algo que está, en cada momento de la historia de una sociedad, “en estrecha relación con la organización social correspondiente” en la que se genera dicha idea (Durkheim y Mauss, 1902: 72). Pero, a pesar de sostener este punto de vista, Durkheim encaraba el espacio desde una perspectiva que no parece trascender la visión del mismo como un substrato de índole natural-física que es integrado en lo social a través de las clasificaciones antes referidas (Arapal, 1992: 98-99).

Dicha perspectiva es, en grandes líneas, compartida por Marx, Durkheim y Weber, pues, cuando uno lee sus escritos, a menudo le surge la sensación de que su concepción del espacio no va más allá de verlo como un mero soporte natural-físico de las relaciones sociales. Es más, podría afirmarse que el pensamiento de tales autores estaba, en general, inserto en la visión kantiana del espacio. Una visión que concibe el espacio como espacio absoluto; es decir, como un mero campo contenedor de objetos geográficos, una parte o región del globo o un sistema abstracto de movimientos, nodos, redes, superficies y jerarquías. La idea del espacio absoluto se corresponde con ese espacio que es considerado como el espacio dado en las sociedades occidentales —nuestra ingenuamente asumida imagen del espacio como vacío— pero en realidad es sólo una de las muchas maneras posibles de pensar el espacio. La representación del espacio absoluto tiene una historia muy concreta: prefigurado en la geometría euclidiana, el concepto de espacio absoluto constituyó la perspectiva dominante, en lo que a la representación del espacio se refiere, entre los siglos XVII y XIX. Esta concepción absoluta del espacio ha contribuido sobremedida a crear la base para el desarrollo de la idea de lo que el sentido común espacial de las sociedades capitalistas occidentales contemporáneas entiende por el “espacio real” (Smith y Katz, 1993: 74).

Pero, el concepto de espacio absoluto se ha ido desacreditando desde hace tiempo, a la vez que una gran parte del trabajo práctico realizado por los geógrafos y diferentes científicos sociales se ha ido basando en concepciones

relativistas del espacio (Harvey, 1983: 222). Hoy sabemos que, en realidad, tendemos a absolutizar el espacio, lo mismo que el tiempo, debido a que espacio y tiempo son dos categorías básicas de la existencia humana. Así, raramente ponemos en cuestión tales categorías y tendemos a aceptarlas como dadas otorgándoles el sentido común de que son evidentes. Registramos el paso del tiempo en segundos, minutos, horas, días, meses, años, décadas, siglos y eras, como si todo tuviera un lugar en una escala única del tiempo. Sin embargo, lo cierto es que las diferentes sociedades históricas y los distintos espacios geográficos (e incluso diversos grupos sociales) han tenido y tienen diferentes maneras de medir, percibir y vivir el tiempo (Harvey: 1990: 201-202).

Por lo tanto, contrariamente a lo que se desprende de las concepciones absolutas del tiempo y del espacio, éstos se nos muestran como realidades social y espacialmente construidas y/o percibidas. Sobre todo, en lo que respecta al espacio, éste puede ser considerado como una construcción resultante de la dialéctica entre la sociedad y la naturaleza y especialmente como un producto de las relaciones sociales que sustentan dicha dialéctica. Fuera de esas relaciones, a partir de las cuales resulta la producción del espacio, éste no tiene existencia. Eso significa que cualquier espacio no es algo dado y establecido definitivamente, sino que está siempre en construcción, como lo está la sociedad de la que es a la vez producto y productor. Ello significa también que podemos hablar de una considerable multiplicidad y heterogeneidad de espacios posibles, así como de percepciones acerca de los mismos; de igual manera que múltiples y heterogéneas son las sociedades producto/productoras de esos espacios, en los que, a su vez, tienen cabida diferentes y con frecuencia contradictorias vivencias del tiempo, así como múltiples e imprevisibles trayectorias evolutivas de la vida de los sujetos que en ellos se desenvuelven (Massey, 2005: 107-111).

La idea de que el espacio es una construcción social está hoy ampliamente aceptada y extendida. De acuerdo con esa idea, el espacio es visto como una construcción que puede ser conceptualizada como un proceso de territorialización que hace posible que el espacio natural-físico se convierta en un territorio; es decir, en un escenario social sobre el que se materializan las actuaciones de los agentes sociales y las relaciones entre ellos que conforman ese territorio y la sociedad producto/productora del mismo. Dicho proceso de territorialización conlleva un conjunto organizado de prácticas sociales de índole socioeconómica, político-institucional y simbólico-cultural. A través de tales prácticas el espacio natural-físico deviene en territorio; es decir, llega a ser un espacio socialmente diferenciado y limitado, sobre el que, de este modo, se constituye un hábitat, un escenario de acción y de relaciones sociales, en el que tiene

lugar la producción y la reproducción de la sociedad. Pero, el hecho de que el territorio se constituya sobre el espacio natural-físico no quiere decir que aquél está subordinado a éste. La labor de territorializar es una tarea eminentemente social y, como ya señaló Simmel —cuya concepción del espacio sigue estando vigente en lo fundamental—, la sociedad es independiente del espacio natural-físico en el que se genera. Por ello, no tiene sentido atribuir una causalidad a dicho espacio sobre los hechos sociales.

El espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno [...]. No son las formas de la proximidad o la distancia espaciales las que producen los fenómenos de la vecindad o extranjería, por evidente que esto parezca. Estos hechos son producidos exclusivamente por factores espirituales, y si se verifican dentro de una forma espacial, ello no tiene en principio más relación con el espacio que la que una batalla o una conversación telefónica pueda tener con él, a pesar de que estos acontecimientos no pueden efectuarse si no es dentro de determinadas condiciones espaciales. (Simmel, 1924 [1908]: 644)

Simmel concibe el espacio como pura relación, en la cual se incardina la acción social. Acción social que es entendida por él como una interacción recíproca entre los seres humanos, la cual es sentida como un acto encaminado a llenar un espacio. A través de esa interacción recíproca, los individuos pueden formar asociaciones que se concretan y expresan espacialmente, de tal modo que unas modalidades de asociación son exclusivas, no pudiendo llevarse a cabo otra asociación dentro del espacio en el que se desarrollan. En cambio, otros tipos de asociación pueden compartir un espacio (Leal, 1997: 25). En suma, ya en Simmel queda patente el carácter relacional o social del espacio, en tanto que ámbito producto/productor de la interacción social. Un carácter relacional que implica que, de ningún modo, los condicionantes naturales-físicos del espacio determinan lo social. En realidad sucede todo lo contrario: es la sociedad la que constituye el espacio como escenario colectivo, lo delimita, acota y nombra; en definitiva, lo territorializa (Entrena, 2001a: 248-249; Entrena, 2001b).

La territorialización supone una apropiación, por parte de los distintos actores sociales, del espacio natural-físico encontrado, provocando la transformación de lo caótico-natural en un lugar o conjunto integrado de lugares identificados. Un lugar o conjunto de lugares que, de esta forma, se hacen nuestros, en la medida en que son depositarios de nuestras andanzas, en tanto en cuanto nos resultan conocidos y constituyen, a la vez, el producto y el marco de nuestras acciones y relaciones sociales individuales y colectivas.

Y, en tanto que producto y marco de acciones y relaciones sociales individuales y colectivas, cualquier territorio opera como un espacio social;

es decir, como un escenario en el que tienen lugar las acciones y las relaciones de los distintos actores sociales configuradores/configurados de/por ese espacio. Configuradores, ya que cada uno de los actores contribuye, en mayor o menor proporción y desde su particular ubicación o clase social, a la conformación del espacio social en el que se desenvuelve. Configurados, debido a que la producción del ser social de los actores está estrechamente relacionada con la percepción objetiva (asignada por los demás) y subjetiva (asignada por ellos mismos, o sea, su auto-percepción) de su identidad social. Una identidad cuyo origen, desarrollo y significado, a su vez, están fuertemente vinculados con el lugar o la posición relativa, social o de clase, estructuralmente establecida para los actores que interactúan dentro de un espacio social o en razón de su relación con respecto a él. Dependiendo de los respectivos lugares o posiciones ocupadas por los actores en cada espacio social o en razón de su relación con respecto a él, puedan observarse diferentes perspectivas y significados acerca del mismo (Smith y Katz, 1993: 68). Como ejemplo de los lugares o las posiciones de los actores establecidas, no ya en función de sus respectivas ubicaciones dentro del espacio sino tomando en cuenta su relación con respecto a él, puede citarse el caso de las posiciones sociales de los emigrantes, las cuales suelen guardar una estrecha relación con la idea de aquellos espacios suyos de origen con los que ellos se identifican o son identificados por otros. También puede hablarse de posiciones de los actores establecidas en relación con espacios a los que no pertenecen o no pertenecieron en un determinado tiempo, en los casos en que el acceso a tales espacios les está vedado por razón de su etnia, clase o género. Se refieren a continuación tres ejemplos en este sentido.

En primer lugar, con respecto a espacios vedados por motivos étnicos, basta con recordar las vergonzantes y penosas exclusiones, prohibiciones y segregaciones socio-espaciales que, durante mucho tiempo, sufrieron las poblaciones negras en Sudáfrica y en Estados Unidos. En segundo lugar, en lo que respecta a espacios vedados por razón de la clase social, me vienen ahora a la memoria algunas de las experiencias vividas en mi niñez como hijo de jornalero (campesino asalariado sin tierra) en una sociedad latifundista marcadamente rural y con fuertes desigualdades en la distribución de la tierra, tal como era entonces la extensa región del sur de España denominada Andalucía. En ella nací en noviembre de 1954 y pasé los primeros 12 años de vida en un cortijo² del territorio de Montefrío, municipio de la provincia

² En las regiones españolas de Andalucía y Extremadura se denomina cortijo a una extensión grande de campo y al conjunto de edificaciones destinadas a la labor y la vivienda de los que en dicho campo trabajan.

andaluza de Granada. Estaba entonces en plena vigencia en España el régimen autoritario del general Franco, que se extendió desde 1939 (cuando éste triunfó en la muy cruenta guerra civil desatada en el país tras el golpe de Estado por él encabezado en julio de 1936) hasta la muerte del dictador en noviembre de 1975. Pues bien, recuerdo la sensación de deseo y cierta tristeza que a menudo me embargaba, en el tiempo de mi infancia antes referido, al contemplar al terrateniente de la zona bañándose y nadando relajadamente en su limpia y amplia piscina, para mí prohibida. Una prohibición que me resultaba especialmente frustrante por no disponer de otra opción similar, ya que tenía lugar en un espacio rural sin ningún tipo de servicios o instalaciones del Estado, en el que por supuesto no había piscinas públicas (ni siquiera esta a garantizado el acceso universalizado a la educación para la generalidad de la población de la zona). Los chicos de las clases desfavorecidas de aquel deprimido territorio no teníamos otra alternativa que refrescarnos (corriendo por ello peligros de variable intensidad, según los casos) en sucios estanques de riego o en enfangadas charcas naturales de fondos desiguales e invisibles que estaban cubiertas de algas verdosas, a la vez que en ellas abundaban los mosquitos, las ranas, las ratas y donde incluso había culebras acuáticas. Finalmente, respecto a espacios vedados por motivos de género, Doreen Massey nos relata que a los nueve o diez años residía a las afueras de Manchester, y cuando iba a la ciudad tenía que atravesar el llano valle del río Mersey, una planicie donde en aquel tiempo había numerosos campos de fútbol y de rugby. Pues bien, nos dice Massey, esos campos se cubrían:

hasta donde alcanzaba la vista de cientos de personas pequeñitas que corrían por todos lados persiguiendo balones [...]. Yo no iba a esos campos de juego; parecían estarme vedados, tratarse de otro mundo [...] mi pretensión se limita a afirmar que espacio y lugar, los espacios y los lugares, así como el sentido que tenemos de ellos se estructuran recurrentemente sobre la base del género [...] esta estructura genérica del espacio y lugar simultáneamente refleja las maneras como el género se construye y entiende en nuestras sociedades, y tiene efectos sobre ellas. (Massey, 1999b: 185-186)

En realidad, la posición social de aquellos actores que tienen vedado acceder al uso y/o disfrute de cualquiera de los objetos o instalaciones del territorio es sólo una más de las diferentes posiciones sociales que se producen e interactúan en cualquier territorio, el cual, por lo tanto, funciona como un escenario de interacción social constitutivo de una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones diferenciadas, socialmente definidas y en gran medida independientes de la existencia física de los distintos actores que las ocupan (Bourdieu, 1992: 72). Tales posiciones son diferen-

tes cuando no opuestas o contradictorias entre sí, lo que está en consonancia con lo que el propio Bourdieu trata de transmitir cuando describe el espacio social como un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los actores que lo integran. Un campo en el que tienen lugar luchas mediante las que los actores se enfrentan, apoyándose en sus medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, y contribuyendo de esta manera a conservar o a transformar la estructura del espacio social en el que se desenvuelven (Bourdieu, 1997: 48-49). En esta misma línea, Milton Santos, quien también afirma la naturaleza social del espacio, concibe a éste como “un conjunto de formas representativas de las relaciones sociales del pasado y del presente, con una estructura representada por las relaciones sociales que ocurren ante nuestros ojos y que se manifiestan por medio de los procesos y las funciones. El espacio es entonces un verdadero campo de fuerzas cuya aceleración es desigual. Esta es la razón por la que la evolución espacial no se realiza de forma idéntica en todos los lugares” (Santos, 1990: 138).

La expresión “campo de fuerzas” alude al hecho de que el espacio es un ámbito producto/productor de tensiones y de conflictos sociales, por lo que en él se manifiesta “el constante y conflictivo proceso de constitución de lo social” (Massey, 2005: 147). Esto hace que cualquier espacio pueda ser conceptualizado como lo que el propio Bourdieu define como “un campo de lucha” (Bourdieu, 1991: 156); es decir, como un ámbito de relaciones de poder, dentro del cual, a menudo, es posible distinguir entre las diferenciadas y/o encontradas posiciones de las clases o los grupos de poder que integran las glocalizadas estructuras sociales en las que suele desenvolverse nuestra cotidianidad. Cada una de esas posiciones refleja unos intereses y unas consiguientes posiciones ideológicas distintos, unos usos y percepciones diferentes del tiempo. Ello significa que el espacio no es un objeto científico al margen de las ideologías y de la política, sino que siempre ha tenido y tiene un carácter político y estratégico. Si el espacio muestra un cierto aire de neutralidad e indiferencia en relación con sus contenidos, apareciendo como puramente formal o como espacio absoluto, es precisamente debido a que ya ha sido ocupado y usado, a la vez que ha sido objeto de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. Procesos que han dado lugar a la conformación del espacio como un territorio o escenario de acciones y de relaciones sociales, el cual, aunque es una realidad objetiva previamente dada para los sujetos que en su seno actúan, lo cierto es que esa realidad ha sido construida socialmente, a la vez que, en mayor o menor medida, es reproducida y/o reconstruida como resultado de las diferenciadas y/u opuestas acciones y relaciones de dichos sujetos en su devenir socio-histórico. Como

ha dicho Lefebvre, la construcción del espacio ha sido formada y modelada por elementos históricos y naturales; pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico (Lefebvre, 1976).

Con respecto al proceso de producción social del espacio, Lefebvre distingue tres estadios interconectados, a los que denomina, sucesivamente, las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación. En primer lugar, mediante la expresión “las prácticas espaciales”, Lefebvre hace referencia a las formas mediante las que producimos, usamos y percibimos el espacio.

Por otra parte, la expresión “representaciones del espacio” alude a los espacios concebidos y derivados de una lógica particular de conocimientos de índole técnica y racional; es decir, se trata de “un espacio conceptualizado, el espacio de científicos, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales” (Lefebvre, 1991 [1974]: 38). Tales conocimientos están vinculados a las instituciones del poder establecido y, por lo tanto, están en consonancia con lo que puede conceptuarse como la lógica hegemónica o predominante en lo que respecta a la visualización del espacio. Una lógica que se patentiza en los mapas, en los datos estadísticos oficiales, etc., a través de los que se producen las imágenes y las representaciones normalizadas u objetivadas del espacio que están presentes en las estructuras estatales o en la economía y la racionalidad subyacentes a la estructuración territorial de cualquier orden social. Como resultado de esas visiones normalizadas u objetivadas del espacio, tiende a afianzarse una idea abstracta de éste que se correspondería con lo antes conceptuado como el espacio absoluto, y que suele dejar de lado las luchas y las ambigüedades subyacentes a la estructuración del espacio como producto de acciones y de relaciones sociales, a la vez que ignorar modos alternativos de percibirlo o imaginarlo. Una idea abstracta del espacio según la que, además, las cosas, los eventos y las situaciones concretas son reemplazados por representaciones (Lefebvre, 1991 [1974]: 311). Pero, lejos de constituir un espacio homogéneo y cerrado, ese espacio abstracto o “absoluto” es, en realidad, un ámbito de lucha y de resistencia en el que se articulan las contradicciones sociopolíticas determinantes de su conformación como territorio. Contradicciones a partir de las que podría también configurarse un nuevo espacio social (Lefebvre, 1991 [1974]: 365).

En tercer lugar, en contraste con las anteriores visiones abstractas del espacio, Lefebvre sitúa a los que él denomina los “espacios de representación”, los cuales conceptúa como los espacios vividos que representan formas de conocimientos locales y menos formales. Se trata de espacios dinámicos, simbólicos, que están saturados de significaciones construidas y modificadas con el transcurrir del tiempo por parte de los sujetos sociales. Estos

espacios son, por tanto, considerados por Lefebvre como construcciones sociales arraigadas en la experiencia que constituyen un repertorio de articulaciones caracterizadas por su flexibilidad y su capacidad de adaptación. Por ello, los espacios de representación no tienen necesidad de obedecer reglas de consistencia o de cohesión. Llenos de elementos imaginarios y simbólicos, tienen su origen en la historia del pueblo y en la historia de cada individuo perteneciente al pueblo (Lefebvre, 1991 [1974]: 41). De ahí que no deba hablarse del espacio al margen del tiempo, ya se trate de la idea histórica colectiva del tiempo, más o menos objetivada en cualquier contexto socio-espacial, o de la percepción y vivencia individual del tiempo de acuerdo con la posición social de cada sujeto en dicho contexto.

Obviamente, los tres estadios diferenciados por Lefebvre en la construcción y la reproducción social del espacio tienen que ser analizados de modo interconectado e interdependiente, tal como operan en la realidad social. En ésta existe una relación dialéctica entre lo percibido, lo concebido y lo vivido con respecto al espacio. Por ello, tales estadios no pueden ni deben ser considerados elementos independientes, sino que constituyen tres fases indisolubles de la reproducción y la construcción social del espacio. Y que el espacio es una construcción social significa que el territorio al que da lugar esa construcción puede ser considerado, tal como ya he dicho en otra parte, un ámbito de acción social y de relaciones entre las clases (Entrena, 1998: 19-20). Un ámbito en el que tienen lugar la producción y la reproducción de un determinado orden social; el cual, de acuerdo con Bourdieu, conlleva un sistema de posiciones sociales que se definen las unas en relación con las otras.

Dinámicas de los territorios locales en las presentes circunstancias de la globalización

En circunstancias normales de estabilidad social, en el espacio social producto/productor de un territorio local específico, las prácticas de los actores tienden a ajustarse espontáneamente a las distancias sociales establecidas entre sus posiciones respectivas. Es la dosis de conformismo requerido para el funcionamiento del sistema social. Ello no excluye, sin embargo, que en periodos de crisis se llegue a transgredir o a redefinir las distancias sociales. A este respecto, una de las razones fundamentales de las crisis, experimentadas a menudo por los territorios locales actuales, en lo que a la producción y la reproducción social de los espacios sociales producto/productores de los mismos se refiere, es la tendencia al tránsito desde unas condiciones de

relativa autarquía a otras de creciente inserción en los procesos de globalización, tal como éstos son implementados en el contexto de las presentes orientaciones posfordistas y neoliberales. Por consiguiente, es a partir de esa tendencia evolutiva, desde lo localista hacia lo glocal, como hay que tratar de explicar los procesos de desestructuración, redefinición funcional y simbólica de los presentes territorios locales. Unos procesos que serán analizados en las páginas siguientes como vinculados a dinámicas de desterritorialización y reterritorialización, las cuales conllevan cambios en las expectativas y en las posiciones de poder y/o de influencia de los respectivos grupos sociales o clases configuradores(as) o configurados(as) de/por los territorios locales, así como modificaciones apreciables en las distancias sociales que separan y/o conectan a dichos grupos o clases.

Desterritorialización

Sin duda, también en las sociedades del pasado, más localistas y claramente vinculadas a un territorio geográfico determinado, había algunas manifestaciones de desterritorialización, pues en aquellas sociedades encontramos individuos cuyas relaciones (ya fuera mediante la escritura, recurriendo a mensajeros o a través de viajes) iban mucho más allá del territorio específico en el que acontecía su vida cotidiana. Sin embargo, es en nuestro altamente globalizado mundo donde la existencia de relaciones y de procesos socioeconómicos desterritorializados ha llegado a ser un rasgo preponderante de los crecientemente glocalizados territorios o escenarios de acción social en los que transcurre la vida cotidiana de la mayoría de las personas. Los medios tecnológicos hoy disponibles propician una continua y muy alta circulación planetaria de personas, lo que a su vez favorece la generalización de esas identidades viajeras (*travelling identities*) de las que hablan Smith y Katz (1993: 76). Identidades cuyo surgimiento y extensión se basan en el hecho de que los continuos viajes contribuyen a fragilizar y/o a erosionar las fronteras espaciales y culturales, a la vez que facilitan la producción de actitudes y pautas sociales que constituyen auténticas hibridaciones o amalgamas de varias de las diversas culturas e identidades de los diferentes espacios del mundo, muchos de las cuales han llegado a estar en contacto casi permanente por efecto de los medios de comunicación y/o de los reiterados viajes de una parte significativa de sus poblaciones.

En estas circunstancias, los efectos de determinados procesos socioeconómicos, decisiones políticas, acciones administrativas, organizaciones o conflictos tienen, a menudo, una repercusión que sobrepasa claramente los límites

de los territorios locales en los que tales efectos se generan o impactan. Por ejemplo, los agricultores de un específico territorio local europeo (municipal, comarcal, regional o estatal) podrían experimentar un incremento de sus costes productivos a consecuencia de una subida del precio del petróleo causada por un conflicto en Oriente Medio, como de hecho les ha sucedido en repetidas ocasiones. Asimismo, las normas y los acuerdos internacionales para promover o restringir el comercio mundial, establecidos por una organización internacional como es el caso del Fondo Monetario Internacional (FMI), han causado fuertes impactos sobre la situación sociopolítica de muchas de las áreas menos desarrolladas del planeta, en particular sobre diferentes sociedades locales o países de África, Asia y América Latina.

La creciente extensión de las actuales relaciones y procesos socioeconómicos desterritorializados se materializa, en muy gran medida, a través de la cada vez mayor preponderancia de unas redes socioeconómicas transnacionales que trascienden las fronteras de los territorios locales de los Estados. Con referencia a estas redes, resulta muy clarificador el pensamiento de Saskia Sassen, quien considera que “interpretar la globalización como la creación de un espacio económico que se extiende más allá de la capacidad reguladora de un solo Estado es considerar sólo una parte del proceso. La contracara es la concentración desproporcionada de las funciones centrales de la gestión en los territorios nacionales de los países desarrollados” (Sassen, 2007: 83). Por lo tanto, la antedicha pérdida de autonomía y de capacidad de actuación de los Estados a raíz de la globalización no es uniforme en todo el mundo. En ello tiene que ver mucho la localización geográfica de los Estados, de tal manera que, como señala Sassen, “el centro de gravedad de las transacciones que generalmente designamos como globales se concentra desproporcionadamente en la región del Atlántico Norte, lo que facilita la creación y la aplicación de marcos de regulación y de normas técnicas convergentes en torno a los estándares ‘occidentales’” (Sassen, 2007: 74). En cualquier caso, es evidente que la regulación de las actividades económico-empresariales “está adquiriendo un carácter cada vez más especializado y transfronterizo, razón por la cual la mayoría de los sistemas nacionales estadocéntricos de la actualidad no logran contenerla fácilmente” (Sassen, 2007: 85). Una consecuencia de todo ello es que las “funciones que antes correspondían exclusivamente a los marcos jurídicos nacionales comienzan a desplazarse hacia ciertos organismos reguladores semiautónomos que forman redes transfronterizas especializadas, y cuyas normas están reemplazando a las reglas del derecho internacional” (Sassen, 2007: 92). Pero, como la propia Sassen nos aclara, no se trata “del fin de los Estados, sino del hecho de que, en el nuevo orden institucional, el Estado no es ya el único actor, o el actor más estratégico, y,

[además] [...], de una transformación profunda de algunos componentes institucionales del Estado, incluso en el caso de los Estados dominantes” (Sassen, 2007: 56). En esta situación, un reto clave es, según Sassen, no tanto mostrar el poder enorme de los mercados y de las empresas globales, sino más bien “detectar los modos específicos en que el poder y la autoridad del Estado pueden moldear y reformar esas configuraciones particulares del poder económico privado” (Sassen, 2007: 101).

Por otra parte, las presentes tendencias hacia el aumento de los niveles de desterritorialización de las relaciones sociales conllevan también la desterritorialización de las referencias simbólico-culturales de la vida y de la identidad colectiva cotidiana. Como consecuencia, se originan sentimientos o realidades de aparente vinculación con lo lejano y de desapego o indiferencia con destacados sectores del propio entorno local. Algunas manifestaciones de esa desterritorialización son: la creciente difusión a escala global de la influencia de decisiones políticas o económicas que se toman en los centros de poder más significativos del mundo; la alta movilidad espacial de la población que se deriva de las cada vez más numerosas personas que viajan o de las migraciones masivas; así como las redes de transporte, de comunicación y de relaciones sociales de alcance planetario que posibilitan los adelantos tecnológicos actuales, en especial internet.

El presente “torbellino de la globalidad” propicia dos dinámicas contradictorias y complementarias a la vez, las cuales fluctúan entre la paulatina homogeneización mundial de las sociedades y la incesante búsqueda de la diversidad local, de las costumbres y de las singularidades locales autóctonas. Si concentramos nuestra mirada en la primera dinámica, la globalización podría ser vista como “la serie de procesos conducentes a un mundo único” (Robertson, 1992: 396). Se trata de una especie de uniformización mundial de la generalidad de los territorios locales (municipales, comarcales, regionales o estatales). Los efectos desterritorializadores de la globalización sobre esos territorios se muestran a través de una progresiva merma de la capacidad de sus actores individuales y/o colectivos endógenos para controlar los procesos socioeconómicos de alcance global que los afectan. Unos procesos que además originan una gradual disociación entre la significación histórica y social (es decir, lo que podría ser denominado como su autoctonía) de los territorios locales, y las funciones y las acciones socioeconómicas que éstos usualmente ejercen en la actual era de la globalización (Castells, 1987: 58).

Pero la desterritorialización que conlleva cualquier proceso de globalización de lo local o de glocalización no tiene ni ha tenido siempre efectos negativos. Desde luego, es innegable que extensos espacios y pueblos no europeos fueron brutalmente impactados por su colonización y/o consiguiente inserción

en la globalización capitalista, sufriendo procesos de desterritorialización que se tradujeron en fuertes aumentos en sus exclusiones y desequilibrios sociales. Sin embargo, también es verdad que, para otros amplios sectores poblacionales de las sociedades del mundo tradicional (sobre todo en el caso de las sociedades occidentales), su entrada en el capitalismo y consiguiente desterritorialización tuvo con frecuencia consecuencias emancipadoras o, por lo menos, de ruptura con respecto a los estrechos límites sociales y productivos impuestos por el contexto relativamente autárquico y cerrado de economías agrarias de autosubsistencia en el que se desenvolvían. De este modo, no se puede ignorar que para dichas sociedades sus procesos de globalización-desterritorialización sucedieron, a menudo, simultáneamente a su progresiva modernización y, por lo tanto, a la vez que un incremento en sus desequilibrios y conflictos, supusieron también significativas transformaciones y avances en su estructura socioeconómica; la cual, paralelamente al afianzamiento de la modernidad, evolucionó desde la rigidez y mono-dependencia de la agricultura típicas de las sociedades tradicionales, hacia unos mayores niveles de diversificación funcional y, consiguientemente, hacia un considerable aumento de las oportunidades. Diversificación que se patentiza en el relativamente amplio espectro de trayectorias sociales y vitales existentes a disposición de los sujetos inmersos en las sociedades modernas avanzadas actuales.

De todas formas, cualquier proceso de desterritorialización de los entornos locales causado por la globalización tiene efectos más o menos desarticuladores y conflictivos sobre las dimensiones socioeconómica, político-institucional y simbólico-cultural de sus estructuras sociales, cuya producción y reproducción tienden a evolucionar, desde desarrollarse en condiciones de relativo localismo y autarquía, a tener lugar en unas circunstancias de cada vez mayor inserción en lo global o glocalización (Entrena, 2000). Efectos que, a su vez, originan tendencias a la fragmentación de la identidad, las cuales, unidas a las tentativas de buscar o de reafirmar la singularidad de ésta frente a la cada vez mayor homogeneización social a escala planetaria y a la crisis socioeconómica, institucional y cultural en que se encuentran sumidas muchas de las sociedades actuales, son factores que contribuyen a propiciar crecientes sentimientos y preocupaciones por las consecuencias perversas derivadas del avance de la globalización.

Reterritorialización

Paralelamente al acrecentamiento de las inquietudes acerca de las consecuencias perversas de la globalización, tienden a ser resaltados los efectos

perniciosos de los procesos de desterritorialización inherentes a la misma. Se explica así que, frente a tales procesos, se esté extendiendo cada vez con más fuerza una serie de demandas colectivas y de proyectos tendentes a la rearticulación social de ciertos entornos locales, a su desarrollo económico o a la recuperación de su vitalidad socioeconómica y demográfica. Esto muestra que, contrariamente a lo que podría deducirse de una visión simplificadora de la globalización, no se puede asumir que ésta sólo conduce a la homogeneización a escala planetaria, sino que asimismo tiene consecuencias y suscita reacciones muy diversas dependiendo de las peculiaridades de cada contexto espacial local específico (Pérez Sáinz, 1997: 3). En realidad, cada uno de esos contextos es el foco de una combinación distinta de relaciones y procesos sociales y, por lo tanto, suscita ante la globalización unas situaciones y características sociales únicas (Massey, 1999b: 156). Esas situaciones y características constituyen el entramado estructural que hace posible que tengan lugar diferentes, y singulares para cada caso específico, tentativas de reterritorialización de lo local, las cuales se manifiestan como distintos procesos de reestructuración y resignificación socioeconómicas de diversos territorios locales concretos.

En tales territorios, como resultado de los sentimientos de pérdida de la identidad y de extrañamiento suscitados por los presentes procesos de globalización, se están intensificando y extendiendo actitudes de búsqueda—en lo local—de ámbitos más fácilmente abarcables y acotables. Ámbitos en los que, en cierto modo, se pretende realizar la identidad individual y colectiva, así como lograr una estabilidad material y psíquica que a menudo se ve amenazada por las altamente mudables, y cada vez más difíciles de controlar o de prever, circunstancias de la actual era de la globalización. Todo ello ocurre en paralelo a una paulatina mengua de la capacidad de los actores sociales para determinar o controlar los procesos socioeconómicos que afectan la organización y gestión del territorio relativamente local en el que se desenvuelve su vida cotidiana, ya sea ese territorio considerado a escala municipal, comarcal, regional, estatal, o incluso abarcando una región continental o una amplia porción de ella.

Otras expresiones de tentativas de reterritorialización son las presentes propensiones hacia la fragmentación, la búsqueda de la diversidad o el énfasis en ella y, consiguientemente, hacia el surgimiento de particularismos (o al fortalecimiento o reestructuración de los ya existentes) de índole política o sociocultural en determinados territorios locales. En este sentido, las actuales tendencias hacia el reforzamiento de lo local llevan a muchos a sentir una nostalgia que con frecuencia acaba desembocando en la generación o en el reavivamiento de fenómenos como los nacionalismos o las diferentes

etnicidades locales (Giddens, 1996: 88). La considerable extensión de esos fenómenos y el radicalismo que a veces manifiestan, pueden ser interpretados como la expresión de actitudes de particularismo y de rechazo visceral hacia las tendencias homogeneizadoras de la globalización. Como Robertson (1993, cap. 6) ha destacado, se está experimentando en nuestra época una especie de universalización del particularismo. Ello contradice la perspectiva del cambio social de un autor como Parsons (1976), para quien las sociedades evolucionaban desde el particularismo al universalismo a medida que se modernizaban y, por lo tanto, globalizaban cada vez más.

Al llegar a este punto, como habrá observado el lector, cuando utilizo la palabra reterritorialización aludo a hechos diversos e, incluso, opuestos entre sí. Con el propósito de evitar equívocos, aclaro a continuación los dos sentidos básicos que atribuyo a dicha palabra, la cual, análogamente a su contraria desterritorialización, puede hacer referencia a fenómenos negativos y positivos.

Por una parte, como expresiones de reterritorialización con consecuencias repetidamente negativas, entiendo hechos tan dispares como los fundamentalismos, los nacionalismos excluyentes, las tendencias a la grupalización o a la retribalización social y toda una serie de fenómenos que podrían ser considerados como distintas reacciones de rechazo y de repliegue frente a las frustraciones y a los efectos nocivos que, para los colectivos sociales de determinados territorios locales, suele conllevar la globalización. En estas circunstancias emergen a menudo idealizadas visiones de una supuesta era en la que dichos territorios constituyeron supuestamente los lugares donde habitaron comunidades coherentes y homogéneas. Por ejemplo, Saurabh Dube (2004) reflexiona sobre la danza-espectáculo presentada con ocasión de la inauguración de los juegos olímpicos que tuvieron lugar en Sydney en el verano de 2000. Esta danza escenificaba la historia australiana remontándose a un supuesto pasado idílico preeuropeo, continuaba con las crueldades que conllevó la conquista y concluía con la representación de las esperanzas de un presente y un futuro multiculturales y armoniosos. Pues bien, en opinión de Dube, esta extravagancia televisiva establece una conjunción entre “lo encantado y lo moderno”, recurriendo para ello a una falsa y romantizada representación del pasado preeuropeo, a la vez que a una idealización del supuesto multiculturalismo del presente.

En realidad, este tipo de idealizaciones suele encubrir (y por lo tanto legitimar) las contradicciones y las relaciones de dominación o asimetría existentes entre las diferentes poblaciones que ocupan un territorio determinado, tal como en este caso sucede entre los occidentales asentados en Australia y la población aborígen. Asimismo, las idealizaciones y mixtificaciones del

pasado operan a menudo como estrategias reaccionarias de legitimación de ciertos nacionalismos o sentimientos tendentes a la recuperación de tiempos y espacios pasados supuestamente limpios y a salvo de los males de la modernidad (Massey, 1999b: 146-147). Tiempos y espacios que frecuentemente se erigen en paradigmas míticos de unos supuestos vínculos comunitarios tradicionales perdidos, cuya ocasional recreación, por ejemplo por parte de los turistas urbanos que hoy visitan los entornos rurales, puede dar lugar a la vivencia de “sentimientos espirituales y solidarios”. Sentimientos que se presupone van a “rescatarnos” de una serie de problemas y preocupaciones, tales como la disolución social, el materialismo, el individualismo, el mercantilismo y otras “enfermedades” del globalizado mundo actual (Harvey, 2004: 425). Pero contrariamente a tales idealizaciones, cuando nos adentramos a fondo en el estudio de cualquier espacio social tradicional, observamos que, lejos de ser algo idílico y homogéneo, éste suele presentar un cierto grado, variable en intensidad según los casos, de heterogeneidad, disparidades y diferencias entre los distintos componentes de la estructura social producto/productora de dicho espacio. Por poner un ejemplo de unos espacios territoriales no occidentales, Ishita Banerjee (2006: 196) nos señala cómo los diversos estudios acerca de las aldeas indias realizados durante las décadas de los años cincuenta y sesenta enfatizaban que éstas eran heterogéneas, no solamente en términos de su volumen demográfico y tamaño territorial, sino también en lo que se refiere a su estructura y organización internas.

Por otra parte, con la palabra reterritorialización me refiero a los procesos tendentes a propiciar el desarrollo de un determinado territorio local, a la reestructuración de sus funciones socioeconómicas y/o a su resignificación simbólico-cultural. Un desarrollo, una reestructuración y/o resignificación que pueden suponer procesos de reterritorialización en la medida en que conlleven un progresivo aumento del margen de maniobra de los actores locales en la gestión de su propio territorio. Desde este segundo punto de vista, la reterritorialización puede tener connotaciones positivas, tal como se aprecia en el caso de la comarca española de La Alpujarra, que se explica en el apartado siguiente.

Consideraciones finales

En las páginas precedentes nos hemos centrado en las manifestaciones y las consecuencias de la globalización sobre los territorios locales debido a que, aunque cuando hablamos de globalización nos referimos a esos procesos de alcance mundial analizados en el primer epígrafe, el hecho es que los efectos

específicos de dichos procesos sobre la gente se manifiestan en los niveles de interacción social y/o contextos socio-espaciales locales concretos. Es pues en tales niveles donde se materializan los impactos de la globalización. Por ello no puede hablarse de procesos de globalización fuera de tales niveles y/o contextos como si se tratara de flujos desterritorializados sin sujeto. Contrariamente a ello, los procesos de globalización son producidos y/o experimentados por actores sociales específicos, vinculados a determinados territorios locales: empresas transnacionales, gobiernos, universidades, partidos políticos, sindicatos, asociaciones de base, organismos culturales, consumidores de todo tipo, etc. Sin embargo, el rasgo distintivo crucial es que tales “actores ya no se definen a sí mismos a partir de su anclaje cultural en lo local, sino desde sus interacciones locales con lo global, a partir de la forma en que interactúan con otros actores lejanos, utilizando los circuitos mundiales de comunicación” (Castro-Gómez, 2009: 3-4). En este sentido, Anthony Giddens considera que, en la actual era de la globalización, está aconteciendo lo que él conceptúa como el desanclaje (en inglés el autor usa la palabra *disembedding*, que se puede traducir como desincrustación, desempotramiento o desanclaje) de los sistemas sociales (Giddens, 1999: 32 y ss). Con el vocablo *disembedding*, Giddens se refiere a las presentes tendencias hacia la cada vez mayor difusión de modos de acción y de relación social que trascienden los contextos locales de interacción. Sin embargo, dicho vocablo no es por completo adecuado para reflejar todos los efectos e implicaciones de la globalización tal y como ésta se manifiesta en nuestro tiempo. Ello, entre otros motivos, debido a que sugiere la idea de una falsa dicotomía: la oposición entre anclaje y desanclaje, entre amarre y desamarre o entre fijación (incrustación, empotramiento) y desapego (desincrustación, desempotramiento). Dicho de otro modo, las imágenes de inmovilidad o fijación que suscita el antónimo de *disembedding* hacen que este término no sea apropiado para expresar la naturaleza dinámica de cualquier sociedad, naturaleza que se patentiza en que, incluso en las sociedades tradicionales más estáticas y quietistas del pasado, se podían observar manifestaciones de *disembedding* (de desincrustación o desanclaje) de relaciones sociales que iban —o intentaban ir— más allá de sus contextos locales cotidianos de interacción social. Esto a pesar de que en aquellas sociedades se observaban unos niveles de anclaje o de vinculación de las relaciones sociales con su espacio local de interacción considerablemente más elevados que en las altamente globalizadas sociedades de hoy.

Por otro lado, de la misma manera que no es adecuado atribuir el concepto de *embedding* a las relaciones sociales y las sociedades premodernas, resulta también inapropiado asociar la idea de *disembedding* a las sociedades

y a las relaciones sociales de la era actual. En ésta, pese al notable grado de inserción en la globalización en que están la vida y las relaciones sociales de la inmensa mayoría de las personas, incluso las que viajan muy a menudo continúan estando empotradas, ancladas o inmersas en unos contextos o escenarios de acción social específicos, o sea, vinculadas a ellos. Es más, la circunstancia de sentirse y estar inmersas en esos contextos o escenarios suele ser una necesidad socio-vital y un prerrequisito básico para garantizar la constitución y la salvaguarda de la identidad individual y colectiva de dichas personas.

Indudablemente, los individuos están hoy mucho menos empotrados en, o apegados a, sus espacios locales concretos de lo que estaban en el pasado tradicional, pero esto no significa que no continúen desarrollando la mayor parte de su vida cotidiana en unos entornos microsociales determinados como, por ejemplo, los de su grupo o clase social de pertenencia, los de su red de relaciones profesionales o los de su círculo de amistades. Además, para la mayor parte de los individuos, tales entornos están ubicados en territorios pertenecientes a unas sociedades locales específicas. No obstante, esos territorios en general han perdido definitivamente su tradicional condición localista y están cada vez más glocalizados o conectados a lo que acontece a escala global, a la vez que más o menos afectados por ello en su funcionamiento y dinámicas habituales. A este respecto, puede afirmarse que mientras más estrecha sea la interconexión de los actores sociales de los territorios locales con lo global, más débil tenderá a ser su capacidad para controlar las consecuencias de sus acciones. Así, ciertas actuaciones llevadas a cabo conscientemente en una localidad determinada pueden tener consecuencias negativas —sin que se sepa o sea esa su intención— en otra localidad bastante alejada. Por ejemplo, en el plano de la economía, su elevado grado de transnacionalización actual conlleva que actuaciones o políticas económicas de una determinada empresa multinacional, como puede ser la alemana Volkswagen, creadoras de empleo en México o en Brasil, puedan también contribuir a aumentar el desempleo en Alemania. O también el incremento de la venta de flores colombianas en París o en Nueva York refuerza la infame explotación sufrida por las mujeres trabajadoras de los alrededores de Bogotá (Castro-Gómez, 2009: 7).

En general, los actores sociales de los territorios locales están experimentando una progresiva reducción de sus capacidades para controlar los procesos globales que tanto los influyen. Procesos que, por consiguiente, hacen de los territorios locales unos ámbitos o escenarios de espacios sociales particularmente adecuados para analizar la materialización en ellos de lo global o glocalización. Por lo tanto, en nuestros días resulta de gran interés concentrar la atención en las consecuencias que tiene la globalización sobre

los territorios locales específicos. Ello sobre todo debido a que dichos territorios constituyen los escenarios o espacios sociales básicos en los que se desarrolla la vida cotidiana de la inmensa mayoría de nosotros. Escenarios o espacios sociales que, a su vez, son productos/productores de acciones y de relaciones socioeconómicas, en las que se manifiesta la naturaleza más o menos dinámica inherente a las relaciones con su entorno y entre sus miembros que son típicas de cualquier sociedad. Una naturaleza dinámica que, como se ha visto en este trabajo, se pone de manifiesto, en la actualidad, a través de continuos procesos de desterritorialización y reterritorialización de los territorios locales concretos. Procesos que en realidad constituyen la expresión de dos dinámicas contradictorias entre sí y complementarias dialécticamente que se han experimentado siempre en todas las sociedades de todas las épocas y lugares. Se han experimentado siempre, ya que en todas las sociedades se ha llevado a cabo lo que puede considerarse como la territorialización de los espacios naturales-físicos, erigiendo a los mismos en territorios geográficos; es decir, en escenarios o espacios sociales más o menos integrados y estructurados con unos significados y funciones socio-productivos y simbólico-culturales definidos.

Exceptuando la circunstancia de que se trate de la territorialización de un espacio natural-físico virgen —un espacio no habitado anteriormente por ningún ser humano—, todo proceso de territorialización es en realidad una desterritorialización y reterritorialización de lo ya territorializado antes por otros actores sociales que previamente habían ocupado ese espacio. Es más, una secuencia de sucesivas desterritorializaciones y reterritorializaciones es lo que realmente ha venido sucediendo, incluso desde las etapas prehistóricas, en la mayoría de los espacios del mundo hacia los que podemos dirigir nuestra atención ya que, por más que retrocedemos en el pasado conocido, siempre encontramos un pueblo anterior que ocupó (y por consiguiente reterritorializó) esos espacios, a su vez ya territorializados antes por otros pueblos.

Sin embargo, si bien las desterritorializaciones y las reterritorializaciones han acontecido repetidamente a lo largo de la historia de la humanidad, la verdad es que su ritmo e intensidad han aumentado de manera muy especial con el desarrollo y la expansión planetaria del capitalismo y, sobre todo, a raíz de los particulares procesos de mundialización que acontecen en nuestro tiempo. Sin duda, esto se ve muy favorecido por las grandes facilidades de comunicación y de contacto con el exterior derivadas de los actuales avances tecnológicos, así como por la cada vez mayor globalización que esos avances contribuyen a hacer posible. Dicho de otro modo, es en la globalizada sociedad de la información (Castells, 1998) donde este tipo de procesos encuentra condiciones particularmente propicias para desarrollarse y expandirse, de

tal forma que los mismos llegan a ser una de las características más distintivas del presente.

Las desterritorializaciones y las reterritorializaciones experimentadas por los diversos territorios locales a lo largo de la historia, y especialmente en el presente, pueden ser más o menos intensas según las causas que las generan. Causas que pueden ir desde la propia dinámica endógena de cambio social que se experimenta en cualquier contexto socio-espacial, hasta tener orígenes y consecuencias traumáticas como sucede, por ejemplo, cuando se producen la conquista y la colonización de un territorio por una sociedad diferente de la que previamente lo ocupaba, a la cual acaba dominando y/o desplazando de las funciones socioeconómicas, político-institucionales y simbólico-culturales que antes tenía con relación a ese territorio. Ello es así debido a que, en términos histórico-geográficos, cualquier proceso de conquista y colonización implica el asentamiento, la toma de posesión y el control de un territorio por un poder externo, lo que a su vez conlleva una apropiación y reconfiguración física, cultural y simbólica del espacio conquistado. Apropiación y reconfiguración que son llevadas a cabo de acuerdo con el punto de vista que la cultura dominante tiene o se hace de la cultura colonizada; es decir, en consonancia con “los ojos del imperio” (Pratt, 1992).³ Esto suele conducir a la construcción de estereotipos e ideas falsas acerca de la cultura y de la sociedad dominada por parte de los conquistadores y/o dominantes. Un ejemplo de ello es el mostrado por Edward Said en su obra *Orientalism* (Said, 1978), en la que pone de manifiesto los persistentes y sutiles prejuicios eurocéntricos de que son objeto las poblaciones árabes-islámicas y su cultura por parte de los occidentales. De esta forma, se ha elaborado en la cultura occidental toda una larga tradición de imágenes falsas y romantizadas acerca de Asia y Oriente Medio, que ha constituido la base para la legitimación de las ambiciones coloniales e imperiales de Europa y Estados Unidos. Tales imágenes falsas de lo oriental, en opinión de Said (1978: 273), no son el producto de la incorrecta comprensión occidental de una supuesta esencia oriental —en la que él manifiesta no creer—, sino que operan habitualmente como representaciones que responden a los intereses intelectuales, históricos y/o económicos de los dominantes.

Estos y otros estereotipos etnocéntricos acerca de los pueblos de los espacios colonizados constituyeron poderosas herramientas de legitimación de la dominación europea sobre dichos espacios y pueblos. Una colonización

³ Mary Louise Pratt (1992), basándose en los relatos de las expediciones científicas y en los informes de los diplomáticos, los intelectuales latinoamericanos, los hombres de negocios, las mujeres que visitaron las colonias, etc., estudia los impactos culturales de los viajes y las exploraciones europeas en Latinoamérica y África desde el siglo XVIII.

que, como se ha mostrado en el primer apartado de este trabajo, contribuyó decisivamente a facilitar el predominio de la hegemonía occidental, así como a la difusión global del sistema capitalista (Smith y Katz, 1993: 69).

Sin embargo, los impactos derivados de los procesos de conquista y colonización no sólo se hicieron notar sobre los pueblos y los territorios sometidos a control, sino que afectaron también los territorios de procedencia de los colonizadores, los cuales experimentaron igualmente considerables procesos de reterritorialización. Por ejemplo, el descubrimiento y la colonización de los territorios americanos no sólo dejó una profunda huella de Andalucía sobre esos territorios,⁴ sino que propició también notables cambios económicos, sociales y demográficos en Andalucía durante los siglos que duró la dominación colonial e incluso después (Iglesias-Rodríguez, 2008). Además, al entrar en contacto con culturas extrañas para ellos de los territorios por donde se expandieron, muchos de los propios colonizadores se vieron obligados a replantearse de alguna forma los fundamentos legitimadores de su mundo socio-territorial de procedencia. A este respecto, con referencia a los problemas de índole filosófico-teológica que para los españoles desencadenó el descubrimiento de América, Mariano Picón-Salas escribió:

Sin duda que la “extrañeza” del mundo americano sometió al intelecto de la época, nutrido de filosofía escolástica y de patristica, a una serie de problemas y de preguntas que no podían resolverse con las fuentes tradicionales. Las hipótesis cosmológicas de los viejos libros y de la tradición cristiana se veían acosadas, en el nuevo y distinto ambiente por insospechados enigmas ¿Descienden los indios de Adán? ¿No constituyen un inferior linaje y no son siervos por naturaleza, como lo proclamaban algunos aristotélicos? Cómo se compagina la tradición bíblica con el poblamiento de América y cómo descendiendo de la pareja edénica pudieron llegar las gentes a tan remotos países; cómo, contra lo afirmado por Aristóteles, la zona tórrida resultó habitable y los antípodas no andaban de cabeza, son algunas de las más populares cuestiones suscitadas, cuando se trata de incorporar América al sistema de ideas y creencias hasta entonces vigente en la cultura cristiana europea. (Picón-Salas, 1965 [1944]: 152)

⁴ Como es sabido, el viaje del descubrimiento fue acordado entre Colón y los llamados Reyes Católicos cuando éstos se encontraban acampados, asediando a la capital del reino nazarí de Granada, donde hoy está el municipio andaluz de Santa Fe (sito en las cercanías de la ciudad de Granada) y partió del puerto andaluz de Palos de Frontera (Huelva). Asimismo, diferentes puertos andaluces, como el de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, y sobre todo el de Sevilla (la Corona Española otorgó a esta ciudad andaluza el monopolio del comercio con las Indias) fueron claves en el control del comercio entre América y España y como puertas del flujo de personas entre ambas.

Los que se vieron más impelidos a cuestionarse los prejuicios culturales e identitarios que arrastraban de los territorios de origen, de ellos o de sus ancestros, fueron sobre todo aquellos colonizadores que entraron en contacto más cercano con los pueblos colonizados; es decir, en el caso de Latinoamérica, los criollos o españoles afincados en el territorio americano, los cuales constituyeron las élites dirigentes de las repúblicas surgidas tras la independencia de la metrópoli española.⁵ Para legitimar su situación en dichas repúblicas, los criollos hubieron de experimentar considerables transformaciones culturales que conllevaron una reterritorialización de su cultura e identidad en su nueva situación americana, en la que además acabaron haciendo una especie de reinención de sus ideas acerca de América y de Europa (Pratt, 1992: 69). Ésta dejó de estar particularmente asociada con la idea de España, a la vez que las miradas de las élites ilustradas latinoamericanas se dirigían hacia otros países europeos como Francia y bastante acentuadamente hacia Inglaterra. No obstante, a pesar de su marcada anglofilia, tales élites no se limitaron a imitar literalmente los discursos y las pautas de la sociedad capitalista industrial de los países europeos a los que dirigían su mirada y a cuyos autores leían. Lo que realmente experimentaron los intelectuales latinoamericanos fue un proceso de adaptación propia de lo europeo a su nueva realidad socio-territorial. Proceso que a su vez conllevaba una transculturación, entendida ésta en el sentido de hibridación de lo europeo y lo latinoamericano. Una hibridación que era posible a partir del establecimiento de una zona de contacto o espacio social donde dos culturas dispares, como la latinoamericana y la europea, hacia la que los criollos dirigían sus miradas, mantenían entre sí unas relaciones fuertemente asimétricas (Pratt, 1992: 4).

Por otra parte, también en la América Latina de nuestros días se producen procesos de hibridación como consecuencia de la creciente inserción de los espacios sociales de los territorios de la región en la dinámica de la globalización; en este caso como resultado de la creación de una zona de contacto de las culturas y las pautas sociales autóctonas con las culturas y las pautas sociales pretendidamente homogeneizadoras que se difunden a escala global. A este respecto, las crecientes interacciones local-global, que tienen lugar en Latinoamérica en la actualidad, están modificando profundamente el mapa de las auto-representaciones culturales y de las identidades colectivas

⁵ Las repúblicas latinoamericanas comenzaron sus procesos de emergencia y consolidación paralelamente al derrumbe del imperio colonial español. Procesos que acontecieron a la vez que los caudillos protagonizaban en ellas un agitado y violento periodo, el cual estuvo estrechamente relacionado con la progresiva desarticulación del orden imperial y la consiguiente balcanización de sus territorios en la diversidad de países que hoy integran la región (Entrena, 1995: 21-25).

de la región. Una modificación que tiene lugar de forma tal que los bienes simbólicos creados por la economía capitalista —y escenificados en los medios electrónicos— no siempre han destruido la memoria de los sectores populares de aquellas comunidades territoriales excluidas por la difusión global de la modernidad, sino que a menudo han servido de motivación para su reinterpretación creativa. Un ejemplo que corrobora parte de lo que estoy afirmando es el movimiento protagonizado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en Chiapas (México). Movimiento que no sólo manifiesta una reacción de las comunidades indígenas de la zona contra la globalización, sino también ha conllevado que en dichas comunidades se esté replanteando el papel tradicionalmente subordinado de la mujer en aras de otorgarle un mayor protagonismo.

En esta misma línea podría afirmarse que, en diversos espacios tradicionales latinoamericanos, las formas de producción cultural locales autóctonas están siendo reinterpretadas a partir de sus interacciones con sus equivalentes a escala global. Asimismo, los valores pluralistas y democráticos impulsados por agentes globales transnacionales (organizaciones de derechos humanos, grupos internacionales de solidaridad, consorcios económicos, etc.), están repercutiendo en que amplios sectores de la población local reinterpreten sus propias tradiciones sociales y políticas (Castro-Gómez, 2009: 5-6).

Otro ejemplo de desterritorialización y reterritorialización es el proceso experimentado por parte de las poblaciones emigrantes que salen de la sociedad donde se han socializado culturalmente y se establecen en otra nueva. Así, se puede afirmar que esas poblaciones son desterritorializadas o sacadas de su espacio materno, para luego ser reterritorializadas en otro espacio sociocultural. Esta reterritorialización tiene lugar porque los inmigrantes tienden a reproducir, en el nuevo territorio local donde se asientan, diferentes aspectos de su cultura de origen para no perder su identidad y defenderse así de las discriminaciones que suelen sufrir. Empero, al hacerlo en contextos socioculturales distintos a sus originarios, en realidad acaban reinventando su identidad; es decir, se reterritorializan simbólico-culturalmente en ese nuevo escenario, con lo que a su vez amplían y modifican su cultura de procedencia (Appadurai, 1990; 1996). En relación con ello, puede considerarse que al fin y al cabo unos procesos similares a éste son los que experimentaron los artífices teóricos de los denominados estudios subalternos y estudios postcoloniales, a los que su condición de intelectuales emigrados muy vinculados a sus raíces los puso en condiciones de proceder a un replanteamiento (redefinición y/o reterritorialización) de los fundamentos conceptuales explicativo-legitimadores de sus identidades y culturas territoriales de origen.

Por último, como ejemplo de desterritorialización y reterritorialización se menciona un caso de desarrollo local favorecido por el turismo rural, con objeto de que el lector pueda extrapolar lo que aquí se ha dicho a la investigación empírica de otros casos similares. Se trata de lo acontecido en la comarca de La Alpujarra, situada al sur de la provincia andaluza de Granada. En esta comarca, el éxodo rural que se produjo en la generalidad de España durante los sesenta y setenta del siglo XX ocasionó un proceso de declive demográfico, desterritorialización y paulatino deterioro de las estructuras agrarias y sociales tradicionales. En contraste con ello, en la actualidad la progresiva inserción de La Alpujarra en la dinámica de la globalización ha revertido tal proceso dando lugar a una paulatina reterritorialización de la misma, que ha sido muy favorecida por la llegada a la zona de un creciente turismo rural de procedencia nacional e internacional diversa, atraído por la cada vez mayor difusión, en España y en gran parte del mundo, de la imagen de exotismo asociada por muchos a sus paisajes, pueblos y gente.

Dicha reterritorialización se ha manifestado como una progresiva reestructuración socioeconómica y resignificación simbólica de las funciones de determinadas áreas alpujarreñas; sobre todo las de los tres municipios del Barranco de Poqueira: Pampaneira, Bubión y Capileira. Los territorios de estos municipios, de ser escenarios fundamentalmente dedicados a la agricultura y a formas de vida rurales típicamente tradicionales y localistas, han pasado a ser para los muchos foráneos que los visitan en el transcurso del año o se han asentado permanentemente en ellos, espacios de ocio y de otras prácticas sociales o modos de vida característicos de lo que se ha dado en llamar la nueva ruralidad. Ello está acarreado apreciables transformaciones en la estructura socioeconómica local, a la vez que cambios en la utilización de los recursos e instalaciones de la zona. Cambios que se muestran, por ejemplo, en la rehabilitación de diversas viviendas tradicionales para ser utilizadas como residencia de los visitantes, al mismo tiempo que casas de campo o, incluso, refugios para los pastores se convierten en alojamientos o instalaciones para el turismo. En realidad, en vez de una restauración de las viejas viviendas, lo que habitualmente se produce es una total reconstrucción de las mismas, las cuales son literalmente vaciadas por dentro, conservando sólo su fachada y aspecto externos. Interiormente son reformadas por completo, dotándolas de cocinas totalmente equipadas, electricidad, electrodomésticos, agua corriente y caliente, sanitarios y todas las comodidades de las modernas viviendas de hoy. De este modo, los turistas que habitan en dichas viviendas pueden vivir en un entorno aparentemente tradicional y de aspecto rústico, pero con servicios e instalaciones plenamente modernos. Ello significa que tales turistas no se ven obligados a privarse durante sus vacaciones del bienestar

que suelen disfrutar a lo largo del año en sus cotidianas vidas urbanas, ni tampoco tienen que sufrir las faltas e incomodidades que con frecuencia soportaban en el pasado los habitantes de las casas restauradas que ahora ocupan. En definitiva, lo que en realidad viven los turistas rurales de La Alpujarra, al igual que ese grupo de neorrurales urbanos, españoles y extranjeros que se han establecido como residentes permanentes en ella, es lo que podría ser conceptualizado como un sucedáneo edulcorado de los hogares y de los modos de vida tradicionales de la comarca (Entrena, 2006). Un sucedáneo cuya producción social constituye un ejemplo paradigmático de reterritorialización, en tanto que implica una redefinición funcional y significativa de una instalación tan característica y original del territorio alpujarreño como es su vivienda tradicional.

Recibido: junio, 2009

Revisado: septiembre, 2009

Correspondencia: Facultad de Ciencias Políticas y Sociología/Departamento de Sociología/Universidad de Granada/Granada 18071/España/Tel. 34-958-24-6198/correo electrónico: fentrena@ugr.es

Bibliografía

- Appadurai, Arjun (1996), *Modernity at Large*, Minneapolis, University of Minnesota.
- (1990), “Disjuncture and Difference in the Global Economy”, *Public Cultures*, vol. 2, núm. 2, pp. 1-24.
- Arpal, Jesús (1992), “Espacio social y tiempo social en las teorías sociológicas”, en C. Moya, A. Pérez-Agote, J. Salcedo y J. F. Tezanos (comps.), *Escritos de teoría sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 97-122.
- Banerjee, Ishita (2006), “El enfoque hacia la aldea: una exploración sobre secta y comunidad en la India de hoy”, *Estudios de Asia y África*, vol. XLI, núm. 2, pp. 195-214.
- Bourdieu, Pierre (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- (1992), *Réponses*, París, Seuil.
- (1991), *La distinción*, Madrid, Taurus.
- Braudel, Fernand (2001) [1949], *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, FCE.
- Castells, Manuel (1998), *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza.

- (1987), “Technological Change, Economic Restructuring and the Spatial Division of Labour”, en H. Muegge, W. B. Stöhr, P. Hesp y B. Stuckey (eds.), *International Economic Restructuring and the Regional Community*, Aldershot y Brookfield, Avebury, pp. 45-63.
- Castro-Gómez, Santiago (2009), “Geografías postcoloniales y translocalizaciones narrativas de ‘lo latinoamericano’”. La crítica al colonialismo en tiempos de la globalización”, en R. Follari y R. Lanz (comps.) (1998), *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, Caracas, Sentido, pp. 155-182, también en la Comunidad Académica Virtual de Ciencias Sociales de Perú, URL <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/scastro.pdf>, última consulta agosto de 2009.
- Dube, Saurabh (2004), “Espacios encantados y lugares modernos”, en S. Dube, I. Banerjee y W. Mignolo (coords.), *Modernidades coloniales*, México, El Colegio de México, pp. 99-118.
- (2003), *Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes*, México, El Colegio de México.
- Durkheim, Émile (1982), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal.
- Durkheim, Émile y Marcel Mauss (1902), “De quelques formes primitives de classification”, *Annee Sociologique*, núm. 6, pp. 1-72.
- Engels, Friedrich (1976) [1845], *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, Madrid, Akal.
- Entrena, Francisco (2009), “Understanding Social Structure in the Context of Global Uncertainties”, *Critical Sociology*, vol. 35, núm. 4, pp. 521-540.
- (2006), “Turismo rural y desarrollo local: estudio de caso del sur de España”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 68, núm. 3, pp. 511-549.
- (2003), *Local Reactions to Globalization Processes: Competitive Adaptation or Socio-economic Erosion*, Nueva York, Nova Science.
- (2001a), *Modernidad y cambio social*, Madrid, Trotta.
- (2001b), “Socioeconomic Restructurings of the Local Settings in the Era of Globalization”, *Protosociology*, vol. 15, pp. 297-310.
- (2000), “Las estructuras sociales en el marco de la globalización”, *Revista Internacional de Sociología*, tercera época, núm. 27, pp. 125-150.
- (1999), “Consideraciones a propósito del neoliberalismo”, *Religión y Cultura*, vol. 45, núm. 209, abril-junio, pp. 273-291.
- (1998), *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*, Madrid, Tecnos.
- (1995), *México: del caudillismo al populismo estructural*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC.
- Giddens, Anthony (1999), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- (1996), *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra.
- (1991), *Modernity and Self-identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Stanford, Stanford University.

- Harvey, David (2004), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Malden, Blackwell.
- (1990), *The Condition of Postmodernity: an Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Boston, Blackwell.
- (1983), *Teorías, leyes y modelos en Geografía*, Madrid, Alianza.
- Iglesias-Rodríguez, Juan José (2008), *Consecuencias en Andalucía del descubrimiento y colonización de América*, Granada, Colección Cuadernos del Museo, Caja Granada.
- Kern, Stephen (1983), *The Culture of Time and Space 1880-1918*, Cambridge, Harvard University.
- Leal, Jesús (1997), “Sociología del espacio: el orden espacial de las relaciones sociales”, *Política y Sociedad*, núm. 25, pp. 21-36.
- Lefebvre, Henri (1991) [1974], *The Production of Space*, Oxford, Blackwell.
- (1976), “Reflections on the Politics of Space”, *Antipode*, vol. 8, issue 2, pp. 30-37.
- Massey, Doreen (2005), *For Space*, Londres, Sage.
- (1999a), “Spaces of Politics”, en D. Massey, J. Allen y P. Sarre (eds.), *Human Geography Today*, Malden, Blackwell, pp. 279-294.
- (1999b), *Space, Place, and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota.
- Mignolo, Walter (2009), “Herencias coloniales y teorías postcoloniales”, en B. Stephan (comp.), *Cultura y Tercer Mundo*, Caracas, Nueva Sociedad-Nubes y Tierra, pp. 99-136, también en la Comunidad Académica Virtual de Ciencias Sociales de Perú, URL <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Mignolo.pdf>, última consulta agosto de 2009.
- Parsons, Talcott (1976), *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo (1997), “Entre lo global y lo local. Economías comunitarias en Centroamérica”, *Sociología del Trabajo*, núm. 30, pp. 3-19.
- Picón-Salas, Mariano (1965) [1944], *De la conquista a la independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, FCE.
- Pratt, Mary Louise (1992), *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.
- Robertson, Roland (1993), *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
- (1992), “Globality, Global Culture and Images of World Order”, en H. Haferkamp y N. J. Smelser (eds.), *Social Change and Modernity*, Berkeley, University of California, pp. 395-411.
- Said, Edward (1978), *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books.
- Santos, Milton (1990), *Por una nueva geografía*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Sassen, Saskia (2007), *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz.
- Scholte, Jan Aart (2000), *Globalization: a Critical Introduction*, Basingstroke, Palgrave.
- Simmel, Georg (1924) [1908], *Sociología: estudio sobre las formas de socialización*, Madrid, Revista de Occidente.
- Smith, Neil y Cindi Katz (1993), “Grounding Metaphor. Towards a Spatialized Po-

- itics”, en M. Keith y S. Pile (eds.), *Place and the Politics of Identity*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 66-81.
- Soja, Edward W. (1989), *Postmodern Geographies: the Reassertion of the Space in Critical Social Theory*, Londres y Nueva York, Verso.
- Sztompka, Piotr (1995), *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza.
- Wallerstein, Immanuel (1984), *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, vol. I, Madrid, Siglo XXI.
- Wolf, Eric R. (1983), *Europe and the People without History*, Berkeley, University of California.
- Worsley, Peter (1984), *The Three Worlds: Culture and World Development*, Londres, University of Chicago y Weidenfeld and Nicolson.